



Espacio negativo, 2015.
Acrílico sobre
conglomerado de madera
reciclado, escombros.
200 x 100 cm

Fredy Alzate

Instrucciones para caminar sobre el vacío

SOL ASTRID
GIRALDO E.

FOTOGRAFÍAS
CARLOS TOBÓN

Fredy Alzate, arquitecto frustrado, pintor por pasión, escultor por ambición, instalador porque no puede evitarlo, es sobre todo un *flâneur* de una ciudad distópica como Medellín: in-caminable, in-inteligible, in-habitable. Es sobre su superficie agujereada sobre la que transita y de la que surgen sus trabajos. *Leve*, *Horror Vacui* y la esfera del tranvía: tres momentos de una misma acrobacia sobre la nada.

Como Fredy Alzate no pasó a la carrera de Arquitectura, se presentó a la de Artes en la Universidad de Antioquia, pero ya después de la primera semana no volvió a pensar en otra cosa. Había encontrado una pregunta vital. En su pregrado fue un pintor obsesivo: realizó cuatrocientas cincuenta obras reflexionando sobre el agua. Un tema que disfrutó mucho explorar, pero que finalmente lo cansó y agotó. Ya en su maestría en la Universidad Nacional de Bogotá, la ciudad empezó a ser muy importante y a convertirse en el centro de sus reflexiones, el foco que inevitablemente atrapaba sus sentidos y su mirada. “A la maestría no me presenté como pintor, sino con un proyecto escultórico. Entonces volví a la ciudad con otras preguntas, las de un escultor, buscando formas constructivas, materiales. Fui llevando todo esto al taller de una manera intuitiva, natural, no planificada. Se dio entonces un giro interesante”.

Este giro lo llevó a realizar preguntas sobre la naturaleza, los desastres, las maneras como habitamos, las diferencias entre las dinámicas de las ciudades latinoamericanas y las del primer mundo: “Me iba a los territorios marginales, no detrás de la miseria, sino con una mirada muy limpia, buscando sorprenderme con el uso de esos materiales, la recursividad de sus usos”.

Entonces se enfocó en lo que llama “estados de contingencia”, de inseguridad, de perpetuo cambio: esas casas que siempre parece que se fueran a caer, pero también permanecen contra toda lógica. Veía allí una metáfora sobre el ser y su relación con la ciudad. Y estos sistemas constructivos le sirvieron para abordar otros asuntos: “Se vuelven un problema de territorio, político, social, psicológico”. Así, sus preguntas fundamentales se empezaron a perfilar alrededor de la dimensión urbana frente a la dimensión corporal, y el peso de la arquitectura en la experiencia del hombre en la ciudad. Las reflexiones que empezaron en *Leve* (2008) frente a la vivienda subnormal llegan ahora a la rutilante, millonaria y fallida propuesta urbanística actual en su reciente obra: *Horror Vacui* (2015), el otro extremo del movimiento de un péndulo con el que Alzate ha sobrevolado desde hace más de una década las ciudades.

De qué está hecho el vacío

Horror Vacui, el lema del barroco, el miedo al vacío, tiene en esta exposición una particular lectura. Se convierte en la metáfora del ritmo íntimo urbano. Alzate, observador obcecado de este fenómeno, retoma sus preguntas más constantes. ¿Cómo se hacen y deshacen todos los días las ciudades? ¿En cuáles de sus pliegues la geometría euclidiana se pierde en el delirio? ¿Cómo crean o violentan territorios? ¿Cómo en ellas lo sólido se desvanece en el aire? ¿De qué están hechas las ciudades latinoamericanas? ¿Se puede palpar su piel matérica? ¿Cómo forcejean en su superficie el cemento y la cuadrícula de la formalidad con la recursividad y los detritos de la informalidad? ¿Cuál de estas estrategias resulta más efectiva?

En su propuesta, la historia de estas urbes parecería el resultado de una acción colectiva al borde de un abismo, un intento fetichista de llenar lo que no puede llenarse... Ciudades que ignoran su problema estructural: no saben desplegarse en la tierra, no instalan un lugar en el mundo. De ahí la necesidad de enfrentar la farsa del urbanismo, las trampas de los discursos inmobiliarios, la derrota de lo racional. Las fallas de un sistema capitalista que atomiza al sujeto, fragmenta el espacio, asesina los lugares, se pierde en una planificación estéril. En esta exposición-instalación, Alzate pone al servicio de estas ideas,

viejas y rumiadas ideas en su conciencia de *flâneur* urbano, la solvencia ya adquirida en el manejo de múltiples lenguajes. Lo que presenta entonces es un corpus complejo de obras, que aumentan su efectividad en su presentación conjunta. Por ello, quizá no habría que detenerse aquí solo en las piezas del rompecabezas, sino imbuirse sin salvavidas en sus turbulentas entrañas.

¿Cómo tomarle el pulso a semejante engendro de piel cuarteada y pies de barro? Alzate prueba varios caminos: la pintura, la escultura, la fotografía, la objetualidad, la exacerbación de los materiales. Así, reproduce el perfil lineal del paisaje urbano, fabrica tres mil cien tabletas con fibrocemento y construye una estructura modular, acude a fotografías de prensa y de catálogos de inmuebles, acumula detritos, ficciona ruinas. Aunque solo sea para parodiarlos, desestabilizarlos, inquietarlos. Imágenes minadas desde dentro. En sus manos, los modelos geométricos naufragan en la debacle surrealista de edificios acostados o de cabeza, la fotografía de prensa termina herida por un soporte de madera ahuecado, la recreación de andamios se diluye con la anarquía de los escombros en un lienzo monumental, la estructura racional y rígida muestra su fragilidad de castillo de naipes derrumbándose una y otra vez durante el tiempo de la exposición...

Así, la galería termina contaminada. El firme cubo blanco deviene agujero negro, el piso sólido se desvanece en un no lugar. Las entrañas de las ciudades le abren sus fauces a un espectador que solo puede perderse en ellas, con sus sentidos agujoneados por los fuertes y precisos comentarios de Alzate, lector implacable de signos. El *collage*, el bricolaje, el montaje, la superposición son las estrategias para dar cuenta de esas megaestructuras urbanas del fragmento, los pedazos, los rotos.

Alzate no habla de cualquier ciudad. Su objeto de estudio es Medellín, como metáfora extrema de las urbes latinoamericanas. Esta referencia directa emerge en fotografías concretas. Y, especialmente, en anécdotas locales como la del edificio Space, a la cual le explota su potencia simbólica para develar una cínica y truculenta propuesta urbanizadora. Después de la caída de la torre seis de esta tragedia urbana, cualquier solidez o certeza naufragó entre sus habitantes. El

Scarabaeus laticollis
(escarabajo pelotero).
Neumático reciclado,
diámetro 250 cm

Panorama I, 2015.
Acrílico sobre lona, 90 x 90 cm



Alzate no habla de cualquier ciudad. Su objeto de estudio es Medellín, como metáfora extrema de las urbes latinoamericanas. [...] El artista toma el pulso de esta ciudad al borde de sus contradicciones: entiende sus violencias y recursividades, sus pasiones y su indolencia.

artista toma el pulso de esta ciudad al borde de sus contradicciones: entiende sus violencias y recursividades, sus pasiones y su indolencia. Ciudad negadora del pasado y del futuro, y al tiempo incapaz de apropiarse plenamente de su presente, adoradora de los ritmos maquínicos pero practicante terca de las supervivencias artesanales, derrochadora y austera, ciega y creativa.

Observador de sus llagas y brillos, caminante de los centros y equilibrista de sus periferias, inquisidor de sus redundancias y sus huecos, Alzate es testigo de las grandes debacles urbanísticas o

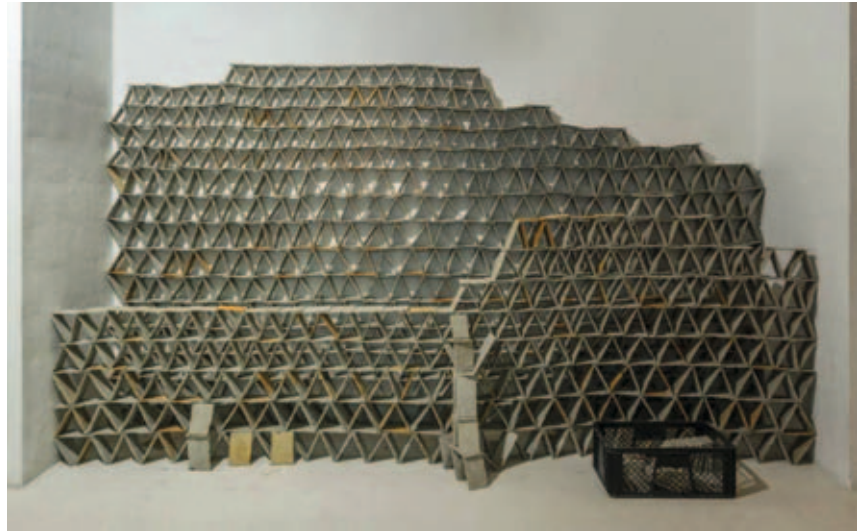
ecológicas. Comprende la autodestructiva decisión urbana de no permanecer, de no darle tiempo ni espacio a la ruina, de rehacerse siempre de la nada, de no tomar un respiro, de no dejar un espacio vacío ni en silencio. Escucha y comprende su *Horror Vacui*. Contamina con esta pesadilla la sala expositiva.

Abigarramiento y vacío, estabilidad y vértigo, estructura y delirio, densidad y oquedad, organicidad y constructivismo, estabilidad y nomadismo, centro y márgenes... No hay aquí respuestas, ni obras terminadas, ni límites. La propuesta de



Horror Vacui, 2015.
 Acrílico sobre lona,
 360 x 280 cm

Horror Vacui / Work in progress
 3100 piezas (fibrocemento,
 cemento, óxido de hierro)



Propiedad horizontal,
 2015.
 Impresión transfer,
 acrílico y óxido de
 hierro sobre madera.
 110 x 100 cm

esta exposición es poner a circular preguntas que dialogan, se interpelan, se contradicen, se potencian, se niegan... como sucede en la ciudad latinoamericana, donde nada está nunca definido, donde no hay últimas palabras, donde los discursos políticos, las teorías urbanísticas, la arquitectura oficial pierden sus batallas, mientras la recursividad, el ingenio, la respuesta potente de las carencias quizá sean capaces de ver la luz al final del túnel.

En esta exposición-instalación, las estructuras geométricas, racionales, rígidas, incapaces de asentarse, se miden frente a una bola de detritos, una pieza llamada *Scarabaeus laticollis* (es decir escarabajo pelotero), hecha de despojos urbanos, informe, monstruosa, sucia, pero móvil, adaptable, orgánica, capaz de alimentarse de sí misma como ciertos insectos. Y, por esto, preparada para renacer todos los días de sí misma. Potentes metáforas que recogen los conflictos y tensiones de una ciudad ahogada por la especulación inmobiliaria, la falta de suelos, las lógicas de la exclusión y el capitalismo por un lado, y por el otro la fluidez, la creatividad, la resiliencia de los que no tienen nada, a no ser la profunda y efectiva sabiduría de la carencia. El vacío nos sigue horrorizando, mientras este escarabajo, monstruoso nómada urbano, continúa imparabile, escalando los imposibles lógicos y territoriales. Una exposición para sumergirse sensorialmente en la distopía y los laberintos matéricos de la paradoja urbana. ■

.....
Sol Astrid Giraldo E. (Colombia)

Filóloga con especialización en Lenguas clásicas de la Universidad Nacional y magíster en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia. Investigadora, curadora y crítica de arte. Ha participado en proyectos editoriales y curatoriales para el Museo de Antioquia, el Museo de Arte Moderno y el Centro de Artes de la Universidad EAFIT. Colaboradora de revistas nacionales y latinoamericanas. Autora de libros y catálogos de arte.



Esfera pública

Aquella monstruosa esfera, el *Scarabaeus laticollis*, que se tragó el espacio de la galería La Oficina en la exposición *Horror Vacui* tiene un espejo invertido en otro lugar de la ciudad. Mientras la primera es rugosa, sucia, reciclada, ajada, efímera, su hermana es brillante, metálica, industrial y perdurable. Se trata de la escultura recientemente instalada en la vía del tranvía, con la que Alzate lleva sus reflexiones precisamente a la esfera pública. El artista ha entendido el reto de la calle, de la ciudad y de su tiempo. Sin desviarse de sus reflexiones ni su gramática, realiza este nuevo enunciado monumental más no grandilocuente, limpio pero lúdico, geométrico y al mismo tiempo relacional. Una escultura pública sin concesiones al gusto popular pero amigable, comunicativa, de brazos abiertos. La forma esférica de materiales industriales que se podría haber quedado en una fría propuesta minimalista, aquí se abre en todos los sentidos. Su superficie está horadada por otro elemento que se ha vuelto constante en los últimos trabajos de Alzate, una simulación de capas estratigráficas. El agujero que estas instauran se ve compensado afuera por una pieza que parece completarla. Esta propuesta invita al espectador a terminar la forma de la escultura imaginariamente, como un rompecabezas mental. Sin embargo, en la realidad, la esfera está incompleta, lo que la hace una forma intranquila, siempre por hacerse. Esto permite también que la atraviesen otros discursos y otras realidades, como la ciudad al fondo, en su barullo, sus irregularidades, sus ritmos frenéticos, sus capas de tierra, de historias y de memorias. *Esfera pública* convertida en un punto suspensivo que incita a pensar en los nuevos tiempos de una ciudad siempre sin terminar de hacerse.